

LA ESPIRAL DE LA UTOPIA¹

Como oportunamente informamos en el número 80, Roberto Segre, miembro distinguido del Concepto Editorial de Archipiélago, falleció en un lamentable accidente en Rio de Janeiro el 10 de marzo de 2013. Con la publicación de este texto inédito, que nos envió en ese tiempo, queremos rendir homenaje a su memoria.

Roberto Segre

El Apóstol San Pablo en su epístola a los Efesios (4:17-24) dice: “*En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del hombre nuevo...*”

Conocí a Celia Guevara en La Habana en la intensa década de los años sesenta. Ella, con su hermana Ana María —también arquitecta—, y su padre, Don Ernesto —quien permaneció en la isla y se casó con su secretaria, Ana María Erra, y a la proyecta edad de setenta años tuvo tres hijos “cubanos”—, se trasladaron temporariamente a Cuba para participar con el Che en la construcción de la nueva sociedad. Éramos jóvenes arquitectos entusiastas, partícipes de la utopía de la Revolución cubana. Vivíamos apasionadamente los cambios radicales que permitirían substituir el caduco sistema capitalista por los ideales identificados con el anhelado socialismo. Se suponía que las transformaciones políticas, sociales y culturales forjarían la imagen del “hombre nuevo”, modelo procurado por los socialistas utópicos en el siglo XIX, tal como lo definiera Joseph Déjacque en su propuesta del “Humanisferio Universal”. En aquella vorágine cotidiana de inesperadas transformaciones todo era posible, y la concreción de la utopía estaba al alcance de la mano ante el impulso de una generación joven e incontaminada de idealistas políticos, intelectuales y trabajadores. No existían límites económicos ni administrativos a las iniciativas que debían concretar los ansiados conjuntos habitacionales, las comunidades campesinas, los centros hospitalarios y educacionales que serían esparcidos sobre el territorio de la isla para resolver las ancestrales necesidades insatisfechas de la mayoría de la población. Y al mismo tiempo, se erigieron los modelos simbólicos de la transformación de los valores culturales y arquitectónicos que expresarían la identidad de la nueva sociedad. En La Habana, fueron construidos los tres íconos principales de

la Revolución cubana: las Escuelas Nacionales de Arte; la Unidad Vecinal de La Habana del Este; y el *campus* del Instituto Superior Politécnico “José Antonio Echeverría”. Celia Guevara también contribuyó con su grano de arena en este proceso: en 1968 diseñó una ingeniosa solución de viviendas populares elaborada con el precario sistema de elementos prefabricados “Sandino”, construido en Managua, en los suburbios de La Habana.

No sorprende entonces que al radicarse nuevamente en Buenos Aires y participar como docente e investigadora en el Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (FADU); así como en la Facultad de Ciencias Sociales, ambas de la Universidad de Buenos Aires (UBA), su interés se volcase hacia el tema de la utopía urbana, y en particular al estudio de las formulaciones teóricas surgidas en la Argentina en el siglo XIX y prolongadas hasta inicios del XX: en este caso, el estudio de la obra de Domingo Faustino Sarmiento y del francés Pierre Quiroule. Seguía así los pasos de sus antecesores, los investigadores argentinos Ramón Gutiérrez y Rafael Iglesia, que habían publicado dos libros sobre Sarmiento y Quiroule.² Ellos constituían la continuidad y el reflejo en América Latina de la multiplicidad de propuestas que surgieron en Europa —y su proyección en los Estados Unidos—, como alternativa y solución a los agudos problemas que acompañaron el desarrollo de la Revolución Industrial y su incidencia en las estructuras urbanas. Surgió una relación de amor-odio con la gran ciudad; tanto de su cuestionamiento desde una visión “ruralista”, como de su identificación con la imagen del progreso y de la configuración futura de la civilización occidental. Los socialistas utópicos —Robert Owen, William Morris, James Silk Buckingham, Etienne Cabet, Louis Blanc, Victor Consideránt, André Godin, Charles Fourier, Saint-Simon, entre otros—, propugnaban el abandono de la

¹ Propuesta de prólogo al libro de Celia Guevara *Argirópolis: una utopía liberal*, Buenos Aires, Editorial Nuestra América, 2012.

² Domingo F. Sarmiento, *Argirópolis*, Buenos Aires, Editorial Leviatán, 1997; Luis Gómez Tovar, Ramón Gutiérrez, Silvia A. Vázquez, *Utopías Libertarias Americanas. La Ciudad Anarquista Americana de Pierre Quiroule*, Madrid, Ediciones Tuero, 1991; Rafael E. J. Iglesia, *Sarmiento. Primeras Imágenes Urbanas*, Buenos Aires, Corregidor, 1993.

Quiroule rechazaba la existencia de la gran metrópoli, cuya imagen representaba el poder de una elite sobre el resto de la población

metrópolis, y la formación de pequeñas comunidades caracterizadas por el equilibrio de la vida social “armónica”, más relacionadas con las actividades agrícolas que con las industriales; o también intentando establecer un diálogo entre ambas. Por el contrario, Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista* (1848) criticaron duramente estas soluciones, ya que los problemas sociales no se resolvían a través de los cambios morfológicos urbanos, sino con la toma del poder político y económico por los obreros. En realidad, ellos cuestionaron las condiciones de vida de la clase trabajadora en las ciudades europeas —en particular Londres—; pero a la vez apoyaban la idea de progreso basada en el desarrollo industrial y en la concentración de las fábricas en la gran ciudad.

Celia investigó sobre una faceta poco conocida de Sarmiento: la propuesta para la ciudad de Argirópolis, localizada en la isla Martín García, e imaginada como futura capital de los Estados Confederados del Río de la Plata. El prócer sanjuanino pasó a la historia como periodista, político y educador, y fue el presidente argentino (1868-1874) que más atención dedicó a la alfabetización de la población humilde, siendo posteriormente el impulsor de la ley de educación primaria gratuita, laica y obligatoria, cuyo alto nivel caracterizó por décadas la seria formación escolar de la mayoría de los habitantes del país. Pero como ella afirma, no resultó suficientemente analizada su vocación de urbanista, geógrafo y planificador, forjada por su aguda observación de las ciudades de los países visitados en sus múltiples viajes. En realidad, fue el único presidente que se interesó por relacionar el desarrollo político de la incipiente nación con su conformación territorial y urbanística, y en particular con una visión de futuro de Buenos Aires —llamada la Tebas del Plata—, que así como también afirmó Le Corbusier, “sería un día la ciudad más gigantesca de las dos Américas”. Al mismo tiempo que Forestier y Le Corbusier valorizaron la relación de la ciudad con el Río de la Plata, Sarmiento la dotó del sistema paisajístico que todavía hoy es el principal pulmón verde de la capital: impulsó el diseño del Bosque de Palermo por Carlos Thays, el Jardín Zoológico y el Jardín Botánico. Luego, el gobierno del General Perón tuvo una visión geopolítica del país al intentar descentralizar la industria y la educación —las fábricas de automóviles en Córdoba y la Ciudad Universitaria de Tucumán, pensada a escala latinoamericana—, y en los años ochenta del pasado siglo, Raúl Alfonsín, al promover el traslado de la capital a

Viedma, también proponía un cambio radical en las estructuras territoriales argentinas. En Buenos Aires, fueron algunos intendentes quienes impulsaron cambios significativos asociados a la modernización de la dinámica urbana: citemos a Torcuato de Alvear y a Martín Noel.

Tanto Sarmiento como Quiroule creían en el progreso de la ciencia y la técnica como fundamentos de una nueva civilización en la que se superarían los efectos negativos del desarrollo capitalista del siglo XIX. Pero ambos divergieron en la visión social del futuro nacional. Sarmiento pertenecía a la pequeña burguesía iluminista que se identificaba con la democracia —asumiendo el ejemplo norteamericano— y rechazaba tanto la dictadura impuesta por Rosas en Buenos Aires, como el rígido conservadurismo de la oligarquía terrateniente argentina. O sea, creía en la posibilidad de organizar un Estado estable y eficiente, que permitiría la concreción del anhelado progreso basado en una eficiente agricultura —de allí el rechazo a la explotación arbitraria y extensiva de la ganadería, y por lo tanto el cuestionamiento de la figura del gaucho—, y en la incipiente industria. Para ello era necesario poblar el extenso territorio disponible e integrarlo a través del trazado de caminos, vías ferroviarias y canales navegables, que facilitarían una integración en escala continental, alcanzando el Uruguay y el Paraguay en el llamado sistema confederado del Río de la Plata. El campo se transformaría con la presencia de centenas de pequeñas ciudades que complementarían la hegemonía de Buenos Aires, la gran capital del Plata. O sea, se pensaba en una sociedad homogénea en la que serían integrados los futuros inmigrantes provenientes de Europa.

Por el contrario, Quiroule, quien procedía de las luchas obreras que acontecían en Europa, estaba convencido de la necesidad de cambiar radicalmente la estructura social y sobre la base de los ideales comunistas y anarquistas, concretar sus objetivos básicos, tales como: “Nosotros queremos que la Humanidad experimente de verdad la dicha de vivir; queremos embellecer, idealizar la existencia, rodearla del máximo de poesía. [...] Los comunistas pretendemos cambiarlo todo, para innovar en todos los sentidos. El edificio social que hemos de levantar será nuevo, completamente nuevo, sobre su base hasta la cúspide”. Y estas aspiraciones se materializarían en el modelo de la “Ciudad Anarquista Americana”, en la que se abolía la propiedad privada, era establecido un equilibrio entre las actividades agrícolas e industriales, y regía un sistema político basado en la libertad individual y la inexistencia de un Estado “represor”. El plano regular de planta cuadrada que definía la localización de las diferentes funciones urbanas se inspiraba en los modelos ya elaborados por los socialistas utópicos europeos, como por ejemplo, la propuesta para Victoria de James Silk Buckingham. O sea, Quiroule rechazaba la existencia de

la gran metrópoli, cuya imagen representaba el poder de una elite sobre el resto de la población. París, con sus grandes estructuras simbólicas creadas por el Barón Haussmann, y a la vez cuna de la represión contra el proletariado parisino en la Comuna de 1871, no se identificaba con el progreso. La imagen de la ciudad, asociada al desarrollo técnico e industrial, no contenía como objetivo el logro de la felicidad de sus habitantes.

Sarmiento en Argirópolis no imaginó un modelo universal de ciudad, sino que propuso la creación en la isla de Martín García de un centro político-administrativo, equivalente a lo que significó Washington en los Estados Unidos. Y resultan originales los dibujos de Celia y su equipo al interpretar los esbozos del autor, que ofrecen una visión de lo que debía ser la hipotética capital de los supuestos “Estados Confederados” del Río de la Plata, que de ninguna manera suplantaría la significación y la importancia alcanzada por Montevideo y Buenos Aires. Por lo tanto, no se trataba de una propuesta utópica, sino real, basada en las representaciones del orden urbano que siempre se identificaron con la organización equilibrada de la vida social. Iniciativas que después de Sarmiento proliferaron en América Latina, con el diseño de La Plata por Pedro Benoit; Belo Horizonte, de Aarão Reis; Goiânia, de Attilio Correa Lima y finalmente Brasilia de Lucio Costa. Resulta interesante verificar la sensibilidad de Sarmiento por el paisaje —le impresionaba la extensión infinita de La Pampa, el vergel de la Mesopotamia argentina— así como las particularidades observadas en las ciudades que visitaba: la valorización de los techos planos de las azoteas en Montevideo, en contraposición a los techos rojos a dos aguas de Santiago de Chile; la monumentalidad de Washington y la complementación entre la escala vial y residencial metropolitana de París, con la dimensión humana de la vida cotidiana, valorizando con antecendencia a Baudelaire la presencia del *flâneur*, el paseante distraído y despreocupado que circulaba por las concurridas aceras de las galerías comerciales.

Cabe preguntarse si las ideas sociales y culturales de Sarmiento y Quiroule tienen todavía vigencia hoy. En este sentido, podemos afirmar que ellos tenían una visión utópica, bastante alejada de la realidad. Sarmiento, proveniente de una provincia pobre, sometido en su juventud a las arbitrariedades de los caciques locales —de allí su rechazo al gaucho y a Facundo Quiroga—; crítico de las infinitas guerras civiles y de los conflictos internacionales inventados, como la guerra contra el Paraguay en la que perdió a su hijo Dominguito, suponía que con la inmigración europea y el desarrollo científico e industrial se lograría homogeneizar la sociedad argentina y resolver los supuestos conflictos internos. Él no hacía alusión a la dura explotación del proletariado en Francia, Alemania e Inglaterra; ni a la situación de los negros en los

Estados Unidos, soporte del desarrollo capitalista. Y Quiroule también imaginaba una sociedad sin conflictos, al integrarse el campo con la ciudad, en la nueva dinámica establecida por el sistema anarco-comunista. Pero la sociedad argentina tenía otros ingredientes, como lo testimonió Juan Bautista Alberti al valorizar la presencia del gaucho, luego monumentalizada por el Martín Fierro de José Hernández. Y con el aluvión inmigratorio se generaron los antagónicos estratos sociales que poblarán la capital en constante crecimiento suburbano y en la antítesis entre modernidad y tradición, bien representada en la obra de Jorge Luis Borges. Proceso que se completa con el gobierno de Perón, que atrae a Buenos Aires a los pobres de las provincias del norte. Así, la idílica visión sarmientina sería suplantada por la búsqueda de una nueva síntesis social latinoamericana, en la que también era imprescindible integrar a la población indígena: la Eurindia de Ricardo Rojas; la Amereida de Edmundo O’Gorman; la tesis del mestizaje de los “pueblos jóvenes” sustentada por Darcy Ribeiro; así como la demonización de Buenos Aires de Ezequiel Martínez Estrada y la interpretación de los conflictos y contradicciones de la “América Profunda” de Rodolfo Kusch.

¿Es lícito tener la duda sobre el futuro positivo o negativo de la Humanidad en este siglo XXI? Celia cierra su libro con un tono amargo, pero creo que a pesar de la innata maldad del hombre —parafraseando a José Martí—, el mundo no puede caminar hacia el suicidio colectivo; y hoy más que nunca se levantan las voces por salvar el planeta Tierra de la hecatombe. La constelación de ciudades imaginada por Sarmiento ya no existe en un territorio urbanizado indefinidamente en que ya se perdió la antítesis “ciudad-campo”, que integra más de la mitad de la población del planeta, con un tercio viviendo en condiciones precarias. De allí que la previsión de Rem Koolhaas sobre la ciudad “mestiza” del futuro implica otra dimensión de los problemas urbanos, basada en las diversificadas propuestas de metropolización para lograr el ansiado equilibrio ecológico, funcional y social. Quizás, asimilando el pensamiento de Marx de que la historia se desarrolla en espiral, sea oportuno volver a soñar con la realización de la utopía, como lo hace Norman Foster en su proyecto para Masdar en Abu Dabi, que aspira a convertirse en un modelo de la ciudad sustentable del siglo XXI. ■

Roberto Segre (Milán, 1934 – Río de Janeiro, 2013). Arquitecto argentino, nacido en Italia y residente tres décadas en Cuba. Desde 1995 vivió en Brasil, en donde era profesor de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Doctor en Ciencias del Arte por la Universidad de La Habana y Doctor en Planeamiento Regional y Urbano por la Universidad Federal de Río de Janeiro. Publicó más de treinta libros sobre la arquitectura y el urbanismo en América Latina y el Caribe, siendo reconocido como uno de los más prestigiados autores en la materia. Fue miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago* desde sus inicios y asiduo colaborador de esta utopía.